

GIUSEPPE BELLINI

EUGENIO DE SALAZAR RESCATADO

De entre los varios trabajos científicos de Jaime Martínez, que van de la edición de los *Infortunios de Alonso Ramírez*, de Sigüenza y Góngora, a Sor Juana, a autores españoles e hispanoamericanos contemporáneos, es fundamental el estudio dedicado a *Eugenio de Salazar* en su papel de poeta de la Nueva España, libro que ha publicado el "Consiglio Nazionale delle Ricerche": Jaime J. Martínez Martín, *Eugenio de Salazar y la poesía novohispana*, Roma, Bulzoni Editore, 2002, pp. 272.

Todos sabemos que Salazar es, como varios de los primeros autores de la Colonia, español, más exactamente madrileño, puesto que en Madrid nació en 1530, y a España regresó, para morir en Valladolid, donde residía la corte, en el año de 1602. Datos, que con muchos otros relacionados con la vida del personaje ha ido aclarando el Dr. Martínez, no solamente acudiendo a calificadas contribuciones, sino añadiendo el resultado de nuevas investigaciones personales, que proyectan una luz nueva sobre las circunstancias de la vida de don Eugenio, ilustrando su actuación desde los cargos oficiales que ocupó, primero como fiscal en la Audiencia de Guatemala, más tarde en la de México, hasta su regreso a España.

Ya gobernador de las islas de Tenerife y La Palma (1567), había empezado su aventura americana como oidor de la Audiencia de Santo Domingo (1573), lugar al que llegó después de una espantosa travesía, llena de dificultades, sea en cuanto a comida, sea a necesidades físicas, olvidagos los navegantes, como denuncia el desdichado funcionario, a colgarse "a la mar, como hatillo de grumete", para proveerse. Bien observa Martínez que después de veintiséis días de este infierno, alcanzar tierra era ciertamente para el pasajero un gran alivio.

Pasa más tarde, Salazar, a la Audiencia de Guatemala como fiscal (1576), y sucesivamente a la de México (1581), de la que será nombrado años después oidor (1589), mientras, laureado en Cánones, llegará también a Rector de la Universidad local.

En todos sus cargos Eugenio de Salazar fue, según demuestra Martínez, un leal servidor de la Corona, defensor intransigente de sus derechos, muchas veces en dura contienda con religiosos de alta categoría y poderosas órdenes conventuales, saliendo siempre victorioso.

Durante todos los años en que fue fiscal, don Eugenio siguió redactando informes, que nos permiten adentrarnos en la vida de los territorios en los que en la época residió, pero grande fue su afición a la poesía y tanta que dejó un imponente caudal de la misma, en los sectores que entonces las caracterizaban: el género pastoril, la poesía amorosa, influida por el petrarquismo, la poesía encomiástica, la satírico-burlesca y la

religiosa. Ejercicio en cierto modo recitado del hombre de ley, el cual sin embargo aspiraba a un puesto relevante entre los poetas.

El autor del libro del que estoy tratando ha realizado una labor de gran relieve, ante todo sacando a luz los textos de la *Silva de poesía*, de los que a menudo los estudiosos han hecho mención, pero que nadie hasta hoy ha leído directamente y estudiado. ¿Textos de un gran poeta? Probablemente no extraordinario, pero sí interesante, a pesar a veces de cierta pesadez, posiblemente debido a su formación profesional. De todos modos, un autor importante y casi desconocido como poeta del período colonial, una voz más de ese concierto italianista que calificó la poesía de la Nueva España en la segunda mitad del siglo XVI, junto con Pedro Trejo, Hernán González de Eslava, Francisco de Terrazas, Lázaro Bejarano, y otros, entre los cuales se contaba también a Martín Cortés, como documenta la anónima antología de 1577, *Flores de varia poesía*.

Petrarca y Garcilaso fueron los poetas de referencia, difundidos por el refinado lírico Gutierre de Cetina, el cual ya en 1546 había hecho su aparición en la capital de la Nueva España, sembrando italianismo. Y que don Eugenio de Salazar se revelara convencido petrarquista lo demuestra cabalmente el autor del libro que presento. Ciertamente fue un poeta que carecía del esmerado refinamiento de su modelo, un poeta a veces torrentoso, pero que dio a su orientación petrarquista una dirección original, puntualmente puesta de relieve por Jaime Martínez.

Ante todo don Eugenio sorprende como cantor de su esposa, doña Catalina Carrillo, con la que se había casado en 1557, y que sobrevivió un año y cuatro meses a su enamorado cantor. A la Laura fantasmal de Petrarca, don Eugenio sustituye una mujer concreta, como si dijéramos “al alcance de la mano”. Siglos después, en el ámbito americano, otro poeta, Pablo Neruda, haría lo mismo: en los *Cien sonetos de amor*, y en otras muchas ocasiones, antes y después de este original Cancionero, cantaría a Matilde Urrutía, su esposa, él también oponiendo a la inconsistencia de Laura una mujer de carne y huesos.

Lo cierto es que Salazar pretendía competir con los grandes cantores del amor: lo declara en la dedicatoria de la *Silva de poesía*, donde nombra a Ausías March, Petrarca, Garcí Sánchez de Badajoz y Garcilaso, lo que establece, como observa Martínez, “una relación antagónica que no puede pasar inadvertida” (p. 57).

En particular, llama la atención el hecho de que, dominado por un verdadero prurito moral, explicable en un rígido hombre de ley, condena abiertamente como inmoral el amor declarado a mujeres con las cuales no existe lazo de unión consagrado, como al contrario en su caso lo había. Criterio prerregino, si queremos, al que posiblemente se deba la escasa atención puesta en su obra poética, de modo que la *Silva* quedó sin publicar durante tantos siglos.

A pesar de ello, la poesía amorosa de don Eugenio alcanza momentos numerosos de verdadera inspiración. Para apreciar mejor sus versos hay que olvidarse de su programismo burgués y que la mujer a la que canta es su esposa, porque de otra manera deberíamos plantearnos muchos problemas acerca de sus relaciones, como casada, con el poeta, si éste lamenta la dureza de su compañera, como se deduce de la queja de Eugenio en la “Egloga IV”:

¿cuándo te cansarás de atormentarme?
¿cuándo será aquel día deseado
en que has de conceder al pastor tuyo
la gloria por que vive en tanta pena?

La verdad es que estamos en el comienzo de la historia sentimental del poeta, pero resulta singular que él rechace el canto del amor extraconyugal mientras adopta todos los tópicos de los poetas del amor condenado, a quienes aprecia y ama, fingiendo una situación personal que mal se aviene con su propósito de celebración doméstica y se supone con su vida real. A pesar de lo cual, a mi juicio, este contraste, no resulta al fin y al cabo negativo, porque enriquece con una nota contradictoria original la poesía de Salazar, acentuando interés en el lector.

Liberados de la realidad programática, es posible entonces apreciar el transporte del enamorado hacia la mujer, gustar de sus finos acentos, no a pesar de que evoquen a Garcilaso, sino precisamente porque lo evocan; para el lector es como si leyera contemporáneamente a dos grandes poetas del amor doliente, como puede apreciarse en este pasaje:

Por ti me desagrada la ribera,
el más florido valle y verde llano,
el abrigado monte y la frescura
de la alta sierra y el suave viento.
Por ti no me da gusto de las flores
el vario olor en fresca primavera.

Si comparamos estos acentos con los de Salicio en la "Egloga I" de Garcilaso, vemos que no desdican del modelo; los que siguen ciertamente carecen del refinamiento propio del poeta español, pero introducen en un realismo conectado directamente con la vida americana del campo, marcando nuevamente la originalidad de Salazar por su adhesión al ambiente en el que vivía:

Por ti sabor no hallo en la cuajada,
ni fresca leche, ni sabrosa nata.
La dulce miel como la hiel me amarga.

Venía Garcilaso de un mundo refinado, el del Renacimiento italianista; vivía, al contrario, en un mundo en formación, profundamente rural, Eugenio de Salazar, y lo representaba, a pesar de las maravillas de la naturaleza y de una ciudad como México, cantada apologeticamente por Bernardo de Balbuena en su *Grandeza mexicana*, y a la que el funcionario regio llegaría en el último tramo de su vida.

A pesar de todo Salazar poseía una sensibilidad a veces extraordinaria, un sentido del color verdaderamente especial, que le permitía realizaciones anticipadamente barrocas, como cuando idealiza a su Catalina, un tópico sí, como señala Martínez (p. 115), pero rico en cromatismos atractivos:

Amada frente, honesta y muy serena
debajo de madejas de oro fino;
rasgados ojos ante quien me inclino;
boca de rosicler y perlas llena;

color de fresca rosa y azucena;
dispuesto cuerpo y aire peregrino,
demostradores ciertos del camino
que va a prisión suave y dulce pena.

En estos versos nuevamente el lector que entiende de poesía hispánica, experimenta un hechizo irresistible, porque convocan a su sensibilidad una serie de pasajes de otros poetas, barrocos y modernos, empezando por Quevedo y acabando con Neruda y su conocida, y quevedesca, “familia de oro” (“Alianza (Sonata)”, de *Residencia en la tierra*, I). Es éste el milagro de la obra de arte, única en sí y múltiple por sus relaciones con el pasado, el presente y el futuro de la expresión poética.

Jaime Martínez subraya que a cierto punto en la poesía de Eugenio de Salazar se realiza una “disolución del cancionero petrarquista”; el poeta se va alejando de su modelo y la novedad más evidente es que “frente al amor imposible que caracteriza a la poesía de Petrarca, en nuestro poeta ese amor se confirma mediante el matrimonio” (p. 137). Además, si la muerte de Laura introduce en el cancionero de Petrarca, después de los poemas “en vida” de la mujer amada, una sección “en muerte”, este aspecto no se contempla en el cancionero de Salazar, porque su esposa, como he dicho, le sobrevivió. Por otra parte, a pesar de sus quejas amorosas, don Eugenio se encontró siempre, por su confesión, como diría Neruda, “con la miel del amor / en la dulzura vespertina” (“Por fin se fueron”, de *Estravagario*), y tanto es así que el supuesto enamorado infeliz no duda en celebrar el día en que, mayo florecido “por los prados”, su “dulce Catalina” le dio su sí, “dejando a mil penados”; la celebra, pues, como primavera constante de su existencia y tal es el significado de la mujer que su ausencia, como lo será por Neruda la de Matilde (Soneto LXV, de *Cien sonetos de amor*), se transforma en tormento:

El mayo es de mi vida
aquel tiempo que vivo do te veo,
en él mi alma y corazón florece;
pero en tu ausencia toda flor perece
hasta que este rodeo
se acabe y vuelva el mayo que deseo.

No me detendré más sobre la poesía amorosa de nuestro lírico, que tan agudamente estudia el profesor Martínez, con todo el aparato de erudición necesario, técnica exhaustiva y fino juicio crítico, pero sí destacaré el homenaje que Eugenio de Salazar rinde a la ciudad de México, describiendo su laguna en una extensa bucólica, donde, como advierte el autor de este libro, “en medio de una naturaleza idealizada según un modelo mitológico y pastoril” (p. 157), representa a los Virreyes, don Álvaro Manrique de Zúñiga y doña Blanca Enríquez bajo el disfraz pastoril de Albar y Blanca. Aquí también el poeta va contra las reglas del género, puesto que, como Martínez pone de relieve, el parámetro de la égloga era el *genus humilis*, por nada apto a celebrar personajes encumbrados.

Dejando esto a un lado, me parece oportuno destacar la intención de homenaje de don Eugenio, el cual celebra a México con énfasis no inferior a la de Balbuena en su famoso poema, no solamente en cuanto ciudad arquitectónicamente magnífica, sino como sede de riqueza extraordinaria, debido a las minas de sus montes; riqueza que el poeta sabía bien apreciar, aunque nunca, según parece, superó una pasable medianía, o precisamente por ello:

En el distrito rico de occidente,
donde los francos montes su riqueza
y su oculto caudal hacen patente

con gran dulzura y natural largueza
y dan en abundancia a nuestra gente
de sus profundas venas la fineza,
allí está aquella población famosa,
Tenuxtitlán la rica y ampulosa.

Aquella donde el grande Motezuma
tuvo su corte y su real asiento,
adonde en plata y oro y rica pluma
juntaba de tributos largo cuento,

Sigue la descripción mitológica de la laguna, donde el poeta todo lo inventa. Oportunamente Martínez hace referencia al *Theatro de virtudes política* de don Carlos de Sigüenza y Góngora y al *Neptuno alegórico* de Sor Juana Inés de la Cruz.

En cuanto al tema de la riqueza de la tierra mexicana merece subrayar como también la Fénix de México, Sor Juana Inés de la Cruz, en un romance dedicado a doña María de Guadalupe Alencastre, celebró a “la América abundante” y su país, pero desde una postura diferente, por “mexicana”, a la de Salazar: se declaraba, en efecto, “compatriota del oro, / paisana de los metales”, celebraba una tierra en la que el “común sustento” se da “casi tan de balde, / que en ninguna parte más / se ostenta la tierra Madre”, y lo hacía para denunciar la incesante explotación de los europeos:

Europa mejor lo diga,
pues ha tanto que, insaciable,
de sus abundantes venas
desangra los minerales.

Ajeno a este problema, Eugenio de Salazar, después de haber presentado un ensayo lleno de color de la exuberante naturaleza del mundo nuevo, que siglos después volvería a cantar Bello en sus *Silvas americanas*, celebra el oro como provecho para los españoles, aunque en realidad es sobre todo pretexto para ensalzar el áureo cabello de su esposa, riqueza y maravilla que se impone por encima del oro de las minas:

En esta tierra que otros llaman rica
porque la hierba está sobre el tesoro
y yo porque tu blanco pie la huella,
ni quiero yo ni busco otro algún oro
sino el que veo que se purifica
en tu cabeza y pende a matas della,
y esa tu cara bella
es la acendrada plata que deseo;
y las hermosas flores, tus facciones.
No pide otras riquezas mi deseo
ni apetece otros dones,
ni quiero yo otro bien de cuantos veo.

Por otra parte Salazar se sintió siempre profundamente español y no dudó en poner de relieve la riqueza que desde la península había llegado a las Indias maravillosas y opimas, la lengua y la cultura:

Ya nos envía nuestra madre España
de su copiosa lengua mil riquezas
que hacen rica esta tierra extraña.

Confluyen en ella las culturas griega, latina, italiana y provenzal y en la Nueva España todo “se señala y amplifica”.

Hombre culto y poeta lo era don Eugenio y hay que celebrar que Jaime Martínez lo haya rescatado definitivamente del olvido. La publicación próxima de la *Silva de poesía* ofrecerá la ocasión para constatarlo directamente en sus textos.